

4 de diciembre

**Beatos Pío Heredia Zubía, presbítero,
y compañeros, mártires**

Del común de mártires: de varios mártires.

ORACIÓN COLECTA

Dios Padre nuestro,
que a los beatos Pío, presbítero,
y compañeros, mártires,
con la ayuda de la Madre de Dios,
los llevaste a la imitación de Cristo
hasta el derramamiento de la sangre,
concédenos, por su ejemplo e intercesión,
confesar la fe con fortaleza, de palabra y de obra.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

4 de diciembre

Beatos Pío Heredia Zubía, presbítero, y compañeros, mártires

Los Beatos Pío Heredia Zubía, prior, y quince compañeros del monasterio de «Santa María Viaceli» (Santander) y las Beatas María Micaela Baldoví Trull, abadesa, y María Natividad Medes Ferrís, monjas del monasterio «Fons Salutis» de Algemesí (Valencia), contemplando a Cristo, verdadera sabiduría, aprendieron a amarlo valerosamente llegando a dar el testimonio supremo de la fe al derramar su propia sangre, en diversos lugares y fechas, durante la persecución religiosa contra la Iglesia en España en 1936.

Del Común de varios mártires.

Oficio de lectura

SEGUNDA LECTURA

De las cartas del Beato Pío Heredia Zubía, presbítero y mártir.

(*Cartas espirituales*, 77. Burgos 1956)

La santidad, conformarse a Jesucristo

Hemos de reconocer que la santidad consiste en conformarse a Jesucristo, Hijo del Padre. Así nos lo asegura san Pablo diciendo: *Aquellos a quienes el Padre llamó, a esos mismos predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo*. Y como este su santísimo Hijo hecho hombre ejerció durante su vida mortal todas las obras de la más perfectísima santidad, no hay criatura que las pueda reproducir todas. Ahora bien, en la vida de Jesús, tal como aparece en el Evangelio, tenemos todas las diversidades, de gozo y dolor, actividad y reposo, de tristeza y alegría, de esfuerzo y desaliento; todo lo cual ha de continuar ahora en los miembros después de haber pasado en la Cabeza.

Y ésta es la misión, no menor que la dignidad en verdad divina, de la Iglesia: ser la continuadora y fiel reproducción de Jesús a través de las edades, no obstante las humanas miserias. Éste es el Cristo místico, o sea el Cristo misterioso y oculto en el fondo de las almas que irradia hacia afuera, de suerte que el Padre al contemplar la Iglesia, puede repetir la expresión del Tabor: *Éste es mi Hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias*.

Supuesta la verdad fundamental de nuestra incorporación a Jesucristo con el que, en el orden sobrenatural, formamos un solo Cuerpo moral o Cuerpo místico, la santa Iglesia, de la que Cristo es la Cabeza, María el cuello y cada uno de los fieles los miembros, supuesto, digo, esta nuestra incorporación, todas nuestras buenas acciones ejecutadas en este orden sobrenatural y dirigidas por esa divina Cabeza no son sino reproducción o si se quiere expansión y prolongación de las mismas acciones de Jesús, el cual, se perpetúa a través del tiempo y del espacio, obrando ahora por miembros lo que hace veinte siglos empezara en sí y por sí mismo como cabeza.

Y como en la vida de la Iglesia entra tanto el padecimiento, como entra en toda vida humana, Jesús ha querido dignificar y en cierto modo divinizar el sufrimiento, primero en sí mismo, haciéndolo instrumento de la Redención humana, y ahora en sus miembros, haciendo que sirva para la aplicación de los frutos a las almas de esa misma

Redención. Así lo declara expresamente el Apóstol diciendo: *Con mis padecimientos acabo de llenar lo que falta a la pasión de Cristo en favor de su Cuerpo que es la Iglesia.*

Tal es la razón de los padecimientos, por otra parte inexplicables, de tantas almas buenas que buscan a Dios de veras y viviendo sólo para Él. Así es indudable que Jesucristo continúa sufriendo y ofreciendo al Padre su vida de Víctima, y recibiendo de su mano *el cáliz que me dio mi Padre*; sólo que ahora lo hace por sus miembros místicos, a los que, para este fin de poder Él continuar sacrificándose, ha unido consigo de la manera más estrecha, comunicándoles su misma vida y filiación divina.

RESPONSORIO

Ap 7, 13-14; Ecclo 44,15

R/. Estos que están vestidos con vestiduras blancas son los que vienen de la gran tribulación. * Han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero.

V/. Los pueblos hablarán de su sabiduría, y la asamblea proclamará su alabanza.
* Han lavado.

O bien:

De los sermones de san Agustín, obispo.

(Sermón 335, 1-2: PL 38, 1470)

El significado del martirio

Tratándose de la fiesta de los santos mártires, ¿de qué podemos hablar mejor que de la gloria de los mismos? Ayúdenos el Señor de los mártires, puesto que él es su corona. Hace poco escuchamos al bienaventurado apóstol Pablo que pregonaba el grito de los mismos mártires: *¿Quién nos separará del amor de Cristo?* Tal es el grito de los mártires. *¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La persecución? ¿El hambre? ¿La desnudez? ¿Los peligros? ¿La espada? Porque está escrito: «Por ti somos mortificados todo el día y considerados como ovejas de matadero». Pero en todas estas cosas vencemos por aquel que nos amó.*

Éste es el grito de los mártires: soportarlo todo, no presumir de sí mismos y amar a quien es glorificado en los suyos, para que *quien se gloríe, se gloríe en el Señor*. Ellos conocían también lo que hace poco hemos cantado: *Alegraos en el Señor y exultad, justos*. Si los justos se alegran en el Señor, los injustos no saben alegrarse más que en el mundo.

Pero éste es el primer ejército que hay que vencer: primero hay que vencer al placer y luego al dolor. ¿Cómo puede superar la crueldad del mundo quien es incapaz de superar sus halagos? Este mundo halaga prometiendo honores, riquezas, placer; este mundo amenaza sirviéndose del dolor, la pobreza y la humillación. Quien no desprecia lo que él promete, ¿cómo puede vencer sus amenazas? Las riquezas causan su propio deleite; ¿quién lo ignora? Pero la justicia lo tiene aún mayor.

El Apóstol pasó ciertamente por alto todos los halagos del mundo, y quiso que los recordases tú, el halagado por el mundo. ¿Por qué? Porque anunciaba de antemano los combates de los mártires; aquellos combates en que vencieron la persecución, el hambre, la sed, la penuria, la deshonra y, por último, el temor de la muerte y al más cruel de los enemigos.

Mas considerad, hermanos, que todo es obra del arte de Cristo. El Apóstol nos invita a preferir el amor de Cristo al del mundo. ¿Cuántas estrecheces han de pasar quienes quieren robar cosas ajenas? ¿La persecución? Ni la persecución los quiebra. El avaro dice en su corazón lo que quizá no se atreve a decir con su lengua: ¿Quién nos separa de la ambición del oro? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La persecución? También los avaros pueden decir al oro: «Por ti somos llevados a la muerte día a día».

Con razón, pues, dicen los santos mártires en el salmo: *Júzgame, ¡oh Dios! y distingue mi causa de la de la gente malvada*. Distingue, dijo, mi tribulación, pues tribulaciones las sufren también los avaros. Distingue mis angustias, pues las sufren también los avaros. Distingue mis persecuciones, pues las sufren también los avaros. Distingue mi hambre, pues, con tal de adquirir el oro, la sufren también los avaros. Distingue mi desnudez, pues por el oro se dejan desnudar también los avaros. Distingue mi muerte, pues por el oro mueren también los avaros.

¿Qué significa: *Distingue mi causa? Por ti somos llevados a la muerte día a día*. Ellos sufren todo eso por el oro, nosotros por ti. La pena es igual, pero distinta la causa. Si la causa es distinta, la victoria está asegurada. Por tanto, si miramos a su causa, amaremos estas fiestas de los mártires. Amemos en ellos no sus sufrimientos, sino la causa de los mismos; pues, si amamos solamente sus sufrimientos, encontraremos a muchos que sufren cosas peores por causas malas.

Pero fijémonos en la causa; mirad la cruz de Cristo; allí estaba Cristo y allí estaban los ladrones. La pena era igual, pero diferente la causa. Un ladrón creyó, otro blasfemó. El Señor, como en el tribunal, hizo de juez para ambos; al que blasfemó lo mandó al infierno; al otro lo llevó consigo al paraíso. ¿Por qué esto? Porque, aunque la pena era igual, la causa de cada uno era diferente. Elegid, pues, las causas de los mártires si queréis alcanzar la palma de los mártires.

RESPONSORIO

cf. Mt 5,44-45.48; Lc 6,27

V/. Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian y rezad por los que os persiguen. * Así seréis hijos de vuestro Padre que está en los cielos.

R/. Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. * Así seréis.

La oración como en Laudes.

Laudes

Benedictus, ant. Una multitud innumerable de mártires perseveró en el amor fraterno, porque tenían un mismo espíritu y una misma fe.

Oración

Dios Padre nuestro, que a los beatos Pío, presbítero, y compañeros, mártires, con la ayuda de la Madre de Dios, los llevaste a la imitación de Cristo hasta el derramamiento de la sangre, concédenos, por su ejemplo e intercesión, confesar la fe con fortaleza, de palabra y de obra. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Vísperas

Magnificat, ant. Oh dichosa Iglesia nuestra, ennoblecida por la gloriosa sangre de los mártires de Cristo.